

REPARTO

Concha Robles :

César de Medina Bocos : Antonio Melendez Peso

Carlos Berdugo

Manuel Aguilar

Acomodadora

Maestro de Escena

Director del Teatro

Médico

Coro / Sombras del Teatro

Espectadores (figuras o voces)

OBRA TEATRAL COMPLETA (90 MINUTOS)

“GENARA. EL ÚLTIMO APLAUSO”

Drama histórico en tres actos



Concha Robles: una voz arrebatada por la violencia

Nacida en Almería en 1887, Concha Robles fue hija de un guitarrista —Juan Robles— quien le transmitió desde niña su amor por la música y el teatro. Su infancia transcurrió entre melodías, tablas y la mirada de quien sueña con un escenario. Esa herencia cultural, familiar, la empujó a dejar su tierra natal para trasladarse a Madrid cuando era apenas una niña.

Con un talento evidente y una vocación firme, entró en algunas de las compañías teatrales más prestigiosas de su tiempo — entre ellas las de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza —, consolidándose como actriz notable, con un sello propio: una mujer valiente, decidida, artística, consciente de su don.

Pero su vida personal también fue tormentosa. Se casó con un militar, Carlos Berdugo — entonces Comandante de Caballería —, un hombre cuyo carácter se vio marcado por los celos, la violencia y la voluntad de apagar la libertad de

Concha. La presión fue tan intensa que ella abandonó momentáneamente las tablas, resignando su vocación para intentar sobrevivir a un matrimonio opresor.

Sin embargo, Concha Robles no aceptó ese destino. Decidió abrir un proceso de separación, optando por recobrar su autonomía — algo casi intolerable para la moral de su tiempo. Su regreso al teatro fue una declaración: reclamaba su espacio, su voz, su dignidad.

Fue así que, en plena gira con una obra controvertida — Santa Isabel de Ceres —, decidió volver a su tierra natal: Almería. Aquella noche del 21 de enero de 1922, en el recientemente inaugurado Teatro Cervantes de Almería — un coliseo que representaba el auge cultural de la ciudad —, Concha subió al escenario decidida, con el deseo de ofrecer lo mejor de sí misma.

El teatro estaba lleno: “no hay billetes”. La expectación era máxima. Pero la velada que prometía arte, aplausos y redención, se convirtió en tragedia. Su ex marido, consumido por los celos, irrumpió entre bastidores, empuñó una pistola y dejó correr su odio. Primero hirió mortalmente a un joven aprendiz — Manuel Aguilar Ruescas, de apenas 16 años — que trató de protegerla. Luego disparó a Concha. Los tiros resonaron no como parte de la función, sino como la confirmación cruel de un crimen. El público, al principio, creyó que lo que veían era parte de la obra, y aplaudió. Solo cuando el muchacho salió ensangrentado, gritando, comprendieron lo que ocurría.

Concha Robles murió aquella misma noche. Manuel lo hizo a primeras horas del alba en el hospital. El asesino, tras dispararse él mismo, quedó herido de por vida — perdió un ojo —. Fue juzgado por un tribunal militar, acusado de parricidio y homicidio; condenado a cadena perpetua.

El entierro de Concha se convirtió en un luto colectivo. Más de 13.000 personas acompañaron su féretro en la comitiva fúnebre. La policía militar, los artistas de su compañía, autoridades locales, público… todos expresaron su horror, su dolor, su indignación. Fue un símbolo de lo que muchas mujeres vivían: el precio de la libertad, la brutalidad del machismo, la injusticia social.

Su legado: memoria, arte y reivindicación

Más allá de su talento como actriz — una mujer que denunció con su vida el control patriarcal y la violencia machista —, Concha Robles se transformó en un símbolo histórico. Su muerte puso en evidencia la vulnerabilidad de las mujeres libres en una sociedad que aún no sabía qué hacer con su libertad. Su nombre, su memoria, su tragedia, se han convertido en referente de reflexión, protesta y memoria colectiva.

Hoy, su figura revive en proyectos culturales: documentales, investigaciones históricas, artículos, homenajes. Se la reivindica no sólo como víctima, sino como mujer valiente, artista completa, ejemplo de lucha por la autonomía y la dignidad. Su historia recuerda que el teatro — y la vida — muchas veces se entrelazan en la más cruda realidad.

Concha Robles merece ser recordada. No como un titular de tragedia, sino como una mujer que quiso vivir, crear, soñar… y que pagó con su vida por esa demanda. Que su voz no se pierda en el olvido. Que su memoria inspire resistencia contra la violencia, contra el silencio, contra la injusticia.



CÉSAR DE MEDINA BOCOS: POETA, MILITAR Y TESTIGO DE

SU TIEMPO

César de Medina Bocos fue una figura representativa de la España de comienzos del siglo XX: un hombre de formación sólida, sensibilidad literaria y vocación de servicio público. Su personalidad conjugaba la disciplina del militar con la delicadeza reflexiva del poeta, un equilibrio poco común en un periodo histórico marcado por tensiones sociales, cambios culturales y profundas transformaciones políticas.

Nacido en Castilla, en una familia vinculada al pensamiento liberal y a la vida intelectual, César desarrolló desde muy joven una inclinación profunda por la literatura. Su poesía —especialmente reunida en obras como Espigas y Racimos — revela un estilo de sensibilidad contenida, arraigada en la tradición castellana: sobrio, emocionalmente preciso, atento a la belleza y a la tragedia humana. Uno de sus poemas más celebrados, “Genara”, transcendería con los años debido a una circunstancia inesperada: era el texto favorito de la actriz Concha Robles, quien lo sabía de memoria y pretendía recitárselo en privado el mismo día de su muerte.

Como militar, César ocupó el cargo de Gobernador Militar de Almería, una posición que exigía liderazgo, firmeza y capacidad administrativa. En aquella ciudad, activa culturalmente y en pleno desarrollo artístico, forjó relaciones con la comunidad intelectual y con los espacios culturales que dinamizaban la vida social. Entre ellos, el recién inaugurado Teatro Cervantes, donde se respiraba modernidad, apertura y vocación de prestigio.

Precisamente allí, en ese teatro, la historia le reservó un papel inesperado. El 21 de enero de 1922, César acudió como invitado de honor a la representación de Santa Isabel de Ceres, protagonizada por Concha Robles. La actriz, admiradora de su obra, había previsto reunirse con él en un descanso para recitarle personalmente “Genara”. Aquel encuentro nunca llegaría a producirse.

Desde un palco cercano al escenario, César fue testigo directo del asesinato que conmocionó a todo el país. Observó cómo el exmarido de la actriz, Carlos Berdugo, irrumpió armado, movido por los celos y la violencia. Presenció los disparos que acabaron con la vida de Concha y del joven ayudante Manuel

Aguilar. A pesar del caos y el pánico generalizado, abandonó su palco y descendió al escenario para auxiliarla, sosteniéndola en sus brazos en los últimos instantes de vida. Aquella imagen —la actriz muriendo mientras pronunciaba apenas el eco de su poema favorito— quedó grabada para siempre en la memoria del Gobernador.

El impacto del crimen fue tal que César decidió documentarlo en primera persona en sus memorias “A vuela pluma”, donde narró con precisión y dolor los sucesos de aquella noche. Su testimonio se convirtió en una pieza histórica de gran valor para comprender el alcance de la tragedia, la respuesta social, el clima cultural de la época y el peso emocional que ejerció sobre la ciudad de Almería.

Más allá de su rol en este episodio, César de Medina Bocos dejó una trayectoria literaria y pública significativa. Su poesía refleja una mirada honesta hacia la condición humana; sus escritos políticos, un compromiso con la ética y la responsabilidad institucional; y su testimonio sobre el crimen de Concha Robles, un acto de memoria consciente frente a la barbarie.

Hoy, la figura de César de Medina Bocos se reconoce no solo por su aportación literaria, sino también por su papel como testigo esencial de un episodio trágico que marcó la historia cultural y social de Almería. Su nombre acompaña el recuerdo de Concha Robles no por azar, sino por justicia histórica: fue la última presencia humana cercana a ella, y el custodio de la memoria de aquella noche en la que la belleza del arte se enfrentó, sin defensa posible, a la violencia más descarnada.



CARLOS BERDUGO

Militar retirado. Exmarido de Concha Robles. Violento, alcohólico y posesivo.

Carlos Berdugo — conocido en su época como comandante de Caballería — encarna uno de los perfiles más oscuros y frecuentes en la España de comienzos del siglo XX: el del hombre que no acepta la pérdida de control sobre la mujer a la que considera de su propiedad. Su trayectoria militar, inicialmente sólida, quedó tempranamente marcada por episodios de indisciplina, excesos con el alcohol y un comportamiento impulsivo, rasgos que se intensificaron tras su matrimonio con la actriz Concha Robles.

La figura de Berdugo representa, en términos sociológicos, la tensión entre dos mundos: el de la mujer que empieza a reclamar su espacio profesional, su libertad y su dignidad — como hizo Concha al separarse — y el del hombre educado bajo los valores rígidos de un patriarcado militarizado, donde la autoridad masculina se asume como incuestionable. En esta fricción nace su perfil psicológico: celos patológicos, necesidad de dominio y una profunda incapacidad para aceptar la autonomía femenina.

La separación de la pareja supuso para él un golpe intolerable. Lejos de asumirla, comenzó a vigilar a Concha, a seguirla y a ejercer presiones que, según diversos testimonios de la época, fueron creciendo en intensidad. Sus adicciones — especialmente el alcohol y el juego — desestabilizaron aún más su conducta, generando un cóctel de frustración, ruina económica y resentimiento que derivó en violencia.

El 21 de enero de 1922, consumido por su obsesión y por el deterioro emocional, Berdugo irrumpió en el Teatro Cervantes de Almería con un arma de fuego. Su entrada en escena — brutal, súbita y alejada de toda lógica racional — marcó uno de los episodios más trágicos de la historia teatral española: asesinó primero al joven aprendiz Manuel Aguilar, de 16 años, que intentó proteger a la actriz, y posteriormente a Concha Robles. Tras los disparos se suicidó sin éxito, quedando gravemente herido y tuerto de por vida.

Condenado a cadena perpetua por un tribunal militar, Carlos Berdugo pasó a la historia no por su carrera en el ejército, sino como símbolo del machismo letal que tantas vidas femeninas ha destruido. Su figura funciona hoy como recordatorio de la violencia que se ejerce cuando el poder, el orgullo y el patriarcado se fusionan en un individuo incapaz de comprender la libertad ajena.

MANUEL AGUILAR

Muchacho de 16 años. Trabajador del Teatro Cervantes. Inocente.

Manuel Aguilar Ruescas, de apenas dieciséis años, representa en esta historia la fragilidad de la juventud frente a la brutalidad del mundo adulto. Era un aprendiz del Teatro Cervantes de Almería, un muchacho que realizaba tareas modestas — mover decorados, asistir a los actores, entregar utilería — pero que vivía cada función como si formara parte de un universo mágico. Para él, el teatro no era un empleo: era una escuela de vida, un refugio donde la belleza y la ficción le ofrecían un horizonte distinto al de una existencia humilde.

Su carácter se describe como bondadoso, diligente y profundamente respetuoso. Manuel se movía entre bastidores con esa mezcla de timidez y entusiasmo propia de quienes aún ven la vida con esperanza. Su cercanía con la compañía teatral se nutría de gestos sencillos: una sonrisa cuando abría una puerta, un “¿necesita algo, señora Robles?”, o el evidente orgullo de sentirse útil. Era parte de ese engranaje invisible que sostiene el espectáculo, un trabajador joven con aspiraciones incipientes y una ética innata.

La tragedia lo alcanzó de manera injusta. Cuando Carlos Berdugo irrumpió en el escenario con un arma, Manuel reaccionó siguiendo el impulso más noble: proteger. Se interpuso entre Concha Robles y el agresor con la ingenuidad del que no comprende que hay maldades que no se frenan con valentía. Su gesto, nacido de la lealtad y del afecto sincero hacia la actriz, convirtió al muchacho en una víctima colateral de una violencia que no le pertenecía.

Manuel murió horas después en el hospital. Su fallecimiento provocó una profunda conmoción entre los habitantes de Almería y entre los integrantes de la

compañía teatral. Su nombre quedó asociado a la inocencia truncada, al sacrificio involuntario, al precio injusto que pagó por estar en el sitio equivocado en el momento más cruel.

Dentro de la obra teatral, Manuel es un recordatorio de la vulnerabilidad humana y del impacto devastador que la violencia puede ejercer sobre los cuerpos jóvenes y desprotegidos. Su figura aporta una dimensión ética al relato: la de que el horror no distingue edades, y la de que incluso los más puros pueden caer víctimas del odio adulto.

PERSONAJES

CÉSAR DE MEDINA BOCOS

Poeta castellano y Gobernador Militar de Almería. Testigo directo del crimen.

CONCHA ROBLES

Actriz. Mujer culta, libre, moderna. Admiradora de la poesía de César.

CARLOS BERDUGO

Militar retirado. Exmarido de Concha. Violento, alcohólico y posesivo.

MANUEL AGUILAR

Muchacho de 16 años, trabajador del teatro. Inocente.

ACOMODADORA

MAESTRO DE ESCENA

MÉDICO

CORO / SOMBRAS DEL TEATRO

Encarnan al público, la memoria, el rumor, el destino, la tragedia.

DISPOSITIVO ESCÉNICO

El escenario se divide en tres espacios fijos, iluminados según las escenas:

1. Escritorio de César (luz cálida, pluma, libro Espigas y Racimos, una carta).
2. Camerino de Concha (espejo iluminado, fotografías, maquillaje, pañuelo).
3. Escenario del Teatro Cervantes, espacio central donde se representará la obra dentro de la obra.
4. El Coro puede aparecer como sombras, voces, figuras o proyecciones. Su presencia es fundamental en la atmósfera.



ACTO I — LAS PALABRAS RESPIRAN

Duración aproximada: 25–28 minuto

Escena 1 — El escritorio de César

(Luz cálida sobre César. El resto del escenario en sombra.)

CÉSAR

Jamás pensé que mi oficio de poeta terminaría unido a la sangre.

He narrado vendimias, guerras, amores… pero no este tipo de heridas.

Esta…

(Se toca el pecho.)

…esta no cicatriza.

(Toma el libro Espigas y Racimos.)

Ella sabía mis versos de memoria. “Genara”.

flor primera del alba,

estampa tímida y pura

que en la brisa se descalza.

Naciste donde el trigo

alza su voz temprana,

y en tu pulso de espiga nueva

tiembla la luz castellana.

Tu nombre suena a viento

que se detiene y abraza;

a cántaro de agua clara

en las eras del verano,

a un suspiro que la tierra

guarda en silencio sagrado.

Yo te miré una tarde
en los caminos del alma,
y supe que en tu paso leve
iba el destino en andas:
Genara, niña del día,
rumor de luna temprana.

Si el tiempo te deshojara,
si un golpe te derramara,
que el cielo recoja el pétalo
que tu esperanza sembrara.
Porque quien nace en la aurora,
aunque la noche lo apagara,
vive eterno en la memoria
de la luz que no descansa.

GENARA,
espiga que nunca muere,
regreso de la mañana.
Si el mundo olvida tu acento,
mi verso siempre te guarda.

(Pausa.)
Y me escribió una carta que aún tiembla cuando la abro.

(Silencio. El Coro murmura desde la sombra.)

CORO (susurros)

La memoria es un escenario.

La verdad, un telón que no siempre se abre.

(Fundido a oscuridad parcial. Se ilumina el camerino.)

Escena 2 — Camerino de Concha

(Concha se mira al espejo. Se maquilla con precisión.)

CONCHA

Dicen que cada noche morimos un poco sobre el escenario…

Yo no he muerto nunca ahí arriba.

Ahí vivo.

Ahí respiro.

(Lee una carta.)

“Mi estimado don César: le espero en el descanso para recitarle su ‘Genara’…”

(Se emociona con discreción.)

La palabra bien dicha…

es un hogar.

(Deja la carta sobre el tocador.)

Escena 3 — El Teatro Cervantes

(Entra la Acomodadora, preparando el espacio.)

ACOMODADORA

¡Señores, señoras! Tomen asiento, la función comienza en pocos minutos.

(César entra. La acomodadora lo guía al palco.)

ACOMODADORA

Su palco, señor de Medina. Esta noche será memorable.

CÉSAR

Toda noche de teatro lo es.

(Se sienta. Observa al público imaginario entrar.)

Escena 4 — Coro

(Sombras, voces, murmullos desde todos los rincones.)

CORO

El teatro escucha antes que los hombres.

Algo se mueve bajo el telón.

La tragedia se ata los zapatos.

La noche prepara su herida.

(Se apagan las luces generales. Queda solo el escenario central iluminado.)

Escena 5 — Inicio de Santa Isabel de Ceres

(Concha aparece en el escenario interpretando su personaje.)

CONCHA (en personaje)

¡Oh Ceres, madre de los campos…!

(Aplausos ficticios. César sonríe desde el palco.)

Escena 6 — Presagio

(Entre bambalinas se ve una sombra: es Carlos Berdugo. Observa, respira de forma irregular.)

CORO (grave)

El pasado vuelve armado.

La libertad tiene enemigos.

Los celos afilan la muerte.

(Carlos desaparece hacia el fondo. Luces bajan. El acto concluye.)

– Transición al Acto II. SE CIERRA EL TELÓN.



ACTO II — LA NOCHE SE ROMPE

Duración: 30–32 minutos

Escena 1 — Bastidores

(Manuel Aguilar entra con herramientas. Voz joven, amable.)

MANUEL

Señor maestro, todo está listo.

La señora Robles… la he notado inquieta.

MAESTRO DE ESCENA

Los artistas sienten antes que nadie cuando algo amenaza.

Es como si escucharan lo que el aire calla.

(Concha en un lateral, respirando con nerviosismo, pero sigue la obra.)

Escena 2 — El avance del peligro

(Carlos Berdugo aparece entre sombras. Anda tambaleante.)

CARLOS

(Para sí.)

No será de nadie… si no es mía…

(Guarda un arma bajo el abrigo. Su respiración es tensa.)

CORO

La botella dicta su sentencia.

El corazón la ejecuta.

La razón se ha ido de servicio.

Escena 3 — En el palco

(César observa la función, sin percibir aún el peligro.)

CÉSAR

Qué presencia… y qué voz…

Es un honor que admire mis versos…

Una tragedia que nunca sospeche cuánto la admiro yo.

(Luces tensas en el escenario.)

Escena 4 — Irrupción de Carlos

(En pleno parlamento teatral, Carlos entra en escena. El público ficticio cree que es parte de la obra.)

CONCHA (fuera de personaje, aterrada)

Carlos… aquí no…

CARLOS (arma en mano)

Si no vuelves conmigo…

termina hoy tu función.

Un foco ilumina el palco y se ve la cara de terror de **César**

Escena 5 — La desesperación

(Manuel corre hacia ellos.)

Descripción conceptual para imagen teatral:

Un muchacho de 16 años, vestido con indumentaria de trabajador del teatro de los años 20 (pantalón oscuro, camisa blanca remangada, tirantes, zapatos gastados), entra entre bastidores con una caja de herramientas de madera.

La escena está iluminada con luz cálida lateral, típica del backstage: tonos ocres, sombras profundas, ambiente íntimo.

A su espalda se ve el telón rojo ligeramente entreabierto y parte de la estructura del teatro: cuerdas, poleas, decorados apoyados, una lámpara antigua colgada.

Manuel aparece con expresión amable y concentrada, como un joven que ama su trabajo y forma parte del engranaje invisible del teatro.

No hay público, no hay violencia, solo el ritmo natural y cotidiano del teatro en funcionamiento.

Elementos clave del encuadre:

- Luz cálida y teatral (ámbar, dorado).
- Backstage auténtico: cuerdas, telas, estructuras, sombras.
- Indumentaria:
  - Pantalón oscuro.
  - Camisa blanca clásica.
  - Tirantes negros.
  - Zapatos sencillos.
- Caja de herramientas en madera envejecida.
- Expresión juvenil, responsable, amable.
- Atmósfera realista de teatro histórico.

MANUEL

¡Señor, por favor! ¡Baje el arma! ¡Hay público, hay niños…!

(Concha, en pánico, lo coloca delante de sí.)

CONCHA

¡Carlos, piensa! ¡Es un niño!

CARLOS

No veo niños.

Solo la herida que me dejaste.

DISPARO.

Segundo disparo.

Tercer disparo.

(Manuel cae. Concha cae detrás. Silencio absoluto. Las luces explotan en rojo.) Se oscurece el escenario y todo es negro.

Escena 6 — César desciende al escenario

(César baja corriendo del palco. Se arrodilla junto a Concha.)

CÉSAR

Concha… ¡Concha!

CONCHA (agonizando)

César…

Genara…

(Muere.)

Las luces desaparecen todo negro, solo una carta en una luz cenital ilumina el escenario.

César arrodillado en el centro del escenario, con la cabeza inclinada.

Una carta, un pañuelo o un objeto simbólico en el suelo (no es un cuerpo).

Una silla a un lado, mínima escenografía, muy teatral.

Foco cenital sobre él.
Concepto visual:

– Duelo simbólico.

– El teatro como espacio sagrado.

– El hombre que se queda solo ante lo ocurrido.

(Carlos mira alrededor, desquiciado. Se dispara en la sien. Cae. No muere. Gime.)

CORO

La muerte se sienta en el patio de butacas.

La tragedia firma su contrato.

(Luces a negro. Fin del acto.)

César sigue arrodillado, pero la luz comienza a cerrarse sobre él.

El resto del escenario cae a negro.

Solo su silueta queda visible.

Concepto visual:

– El cierre del acto.

– Respeto, silencio, contemplación.

– Transición al Acto III.SE CIERRA EL TELÓN.





ACTO III — EL SILENCIO TIENE MEMORIA

Duración: 28–30 minutos

Escena 1 — Hospital

(Luz blanca. Un médico se acerca a César.)

MÉDICO

El muchacho… Manuel Aguilar…

Ha muerto hace unos minutos.

(César cierra los ojos con solemnidad.)

Escena 2 — El escritorio de César

(Vuelve la luz cálida. César escribe, agotado emocionalmente.)

CÉSAR

Escribo para no olvidar.

Para que los hechos permanezcan.

Para que la historia no siga maquillando a los verdugos.

(Levanta la carta de Concha.)

Ella quería recitarme su poema.

Y su voz… ha quedado atrapada en la madera del teatro.

Escena 3 — Aparición del Coro

(Sombras que se acercan lentamente.)

CORO

La escena nunca muere.

Los valientes tampoco.

La memoria escribe lo que el miedo calla.

Escena 4 — Recitado final de César

(César abre Espigas y Racimos. Lee “Genara”.)

CÉSAR

“Genara… flor primera,

luz que al alba se alza…

quien vive con verdad,

vive eterna.”

Escena 5 — Clausura

(César deja la carta de Concha sobre el escritorio.

En el centro, una luz ilumina su pañuelo sobre una silla vacía.)

CORO (último susurro)

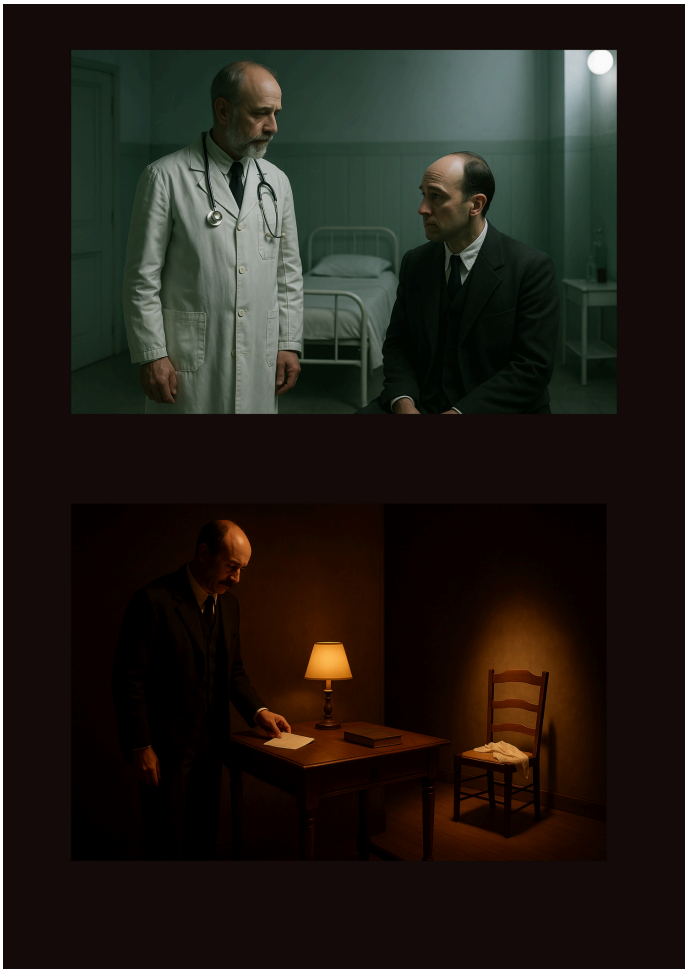
Concha Robles.

Actriz.

Mujer libre.

Su último aplauso no será silencio.

(Luz final.)



FIN DE LA OBRA